

ochenta y dos escuadrones rusos y austriacos formados en dos líneas, y mandados por el príncipe Juan Lichtenstein. Así es que las divisiones de Suchet y Caffarelli presentaban varios batallones desplegados en batalla, y detrás de los huecos que quedaban entre aquellos batallones, otros formados en columna cerrada, para apoyar y flanquear á los primeros. La artillería estaba esparecida por el frente de las dos divisiones, y la caballería ligera del general Kellermann, así como las divisiones de dragones se hallaban á la derecha en la llanura, mientras que la caballería pesada de Nansouty y Hautpoul se mantenía detrás como de reserva.

En aquel órden formidable se puso en marcha Lannes así que oyó el cañonazo que dispararon en Pratzen, y atravesó al paso, como si se tratase de maniobrar simplemente, aquella llanura alumbrada por un hermoso sol de invierno.

El príncipe Juan de Lichtenstein se hizo aguardar por algun tiempo, de resultas de la equivocación que espuso á la caballería austro-rusa á correr inútilmente de la derecha á la izquierda del campo de batalla; pero á falta de él ocupó la guardia imperial de Alejandro el hueco que quedaba entre el centro y la derecha del ejército combinado. Al fin llegó, divisa el movimiento del cuerpo de Lannes, y lanza á los uhlanes del gran duque Constantino contra la division de Caffarelli: aquellos atrevidos ginetes caen sobre la division, delante de la cual estaba situado el general Kellermann, con su brigada de caballería ligera; pero el general referido, que era uno de los oficiales mas hábiles que tenía nuestra caballería, conociendo iba

á ser arrollado sobre la infantería francesa, poniéndola quizá en desórden si recibía inmóvil aquella formidable carga, repliega sus escuadrones, é introduciéndolos por los huecos que habia entre batallon y batallon, vá á formarlos de nuevo á la izquierda, á fin de aprovechar una ocasion favorable en que poder cargar. Los uhlanes, que habian salido á galope, se encuentran sin nuestra caballería ligera, y en su lugar con una línea de infantería impenetrable, que sin formarse siquiera en cuadro, los recibe con un fuego mortífero de fusilería: cuatrocientos ginetes quedan al instante tendidos en tierra al frente de la division, el general ruso Essen recibe una herida mortal peleando á la cabeza, y los otros toman en desórden á derecha é izquierda. Deseando no perder la oportunidad Kellermann, que habia vuelto á formar sus escuadrones á la izquierda de Caffarelli, carga á los uhlanes, y acuchilla á gran número de ellos: el príncipe Juan de Lichtenstein envia otros escuadrones para que vayan á socorrer á los uhlanes; pero nuestras divisiones de dragones se ponen entonces en movimiento, caen sobre la caballería enemiga, y durante algunos momentos no se descubre otra cosa que una espantosa refriega en que todo el mundo lucha cuerpo á cuerpo. Aquella nube de caballos se disipa al fin, y cada cual vuelve á ocupar la línea de batalla, dejando el terreno cubierto de muertos y heridos, rusos y austriacos en su mayor parte. Nuestras dos masas de infantería avanzan entonces con paso firme y acompasado hácia el terreno que abandonó la caballería; pero los rusos les presentan cuarenta bocas de fuego que vomitan una lluvia de proyectiles, y

nna descarga se lleva enteramente la banda de tambores del primer regimiento de Caffarelli. Nuestra artillería contesta á aquel rudo cañoneo, y en aquel combate á cañonazos, rompe una bala al general Valhubert una espinilla; nuestros soldados quieren llevarsele, pero él les dice:—Permaneced en vuestro puesto, que yo sabré morir solo, y no hay necesidad de que por un hombre vayamos á perder seis.—En seguida marchan los nuestros hacia la aldea de Blaziowitz, que se hallaba á la derecha de la llanura, precisamente donde el terreno empieza á subir hácia Prätzen; pero encazonada dicha aldea como todas las de aquel país en un barranco, no se descubria otra cosa que las llamas que la devoraban. Aquella mañana la habia ocupado un destacamento de la guardia imperial rusa, mientras no llegaba la caballería del príncipe de Lichtenstein; pero Lannes manda al 43 de ligeros que se apodere de ella: el general Caster, que mandaba el 43, avanza con el primer batallón en columna de ataque, y al tiempo de llegar á la aldea recibe un balazo en la frente; pero el batallón se arroja sobre el enemigo, y venga á bayonetazos la muerte de su coronel, apoderándose de Blaziowitz, y haciendo algunos centenares de prisioneros que envia á las tropas que se hallaban á la espalda.

En la otra ala del cuerpo de Lannes, los rusos mandados por el príncipe Bagration procuraban tomar la pequeña altura á que llamaban nuestros soldados el *Santon*. Habian bajado á un valle que costea el pié de aquella altura, habian tomado la aldea de Bosenitz, y arrojaban aunque inútilmente sus disparos con la numerosa artillería que

guarnecía la eminencia; pero no pensaban en arrostrar el fuego de fusilería del regimiento 17 de línea, harto bien situado para que se atreviesen á embestirle tan de cerca.

El príncipe Bagration colocó el resto de su infantería en el camino de Olmütz frente á la división de Suchet; pero obligado á retroceder, se retiraba lentamente delante del cuerpo de Lannes, que marchaba sin precipitación, mas en ademán imponente, y ganando siempre terreno.

Tomada Blaziowitz, mandó Lannes tomar á Holnbitz y Kruch, aldeas situadas á lo largo del camino de Olmütz, y llegó á alcanzar á la infantería de Bagration. En aquel momento rompió la línea que formaban sus dos divisiones, llevando la de Suchet oblicuamente hácia la izquierda, y la de Caffarelli hácia la derecha tambien oblicuamente, con cuyo movimiento divergente separó la infantería de Bagration de la caballería del príncipe de Lichtenstein, rechazando la primera á la izquierda del camino de Olmütz, y la segunda á la derecha hácia las cuestas de la loma de Prätzen.

Entonces aquella caballería quiso hacer la última tentativa, cayendo toda ella sobre la división de Caffarelli, quien la recibió con su aplomo acostumbrado, deteniéndola con el fuego de su fusilería. Los numerosos escuadrones de Lichtenstein, que se dispersaron en un principio, y luego se formaron á la voz de sus oficiales, acometen á nuestros batallones; pero de orden de Lannes los coraceros de los generales Hautpoul y Nansouty, que seguian á la infantería de Caffarelli, desfilan al trote por detras de las filas de aquella infante-

ría, se forman hácia la derecha, se desplegan allí en batalla, y se lanzan á galope. El suelo tiembla bajo los pies de aquellos cuatro mil ginetes cargados de hierro, que se precipitan sable en mano sobre los escuadrones austro-rusos vueltos á formar en masa, los derriban con el choque, los dispersan, y los obligan á huir á Austerlitz, á donde se retiran para no volver á presentarse aquel día.

Durante el mismo tiempo, la division de Suchet embistió á la infanteria del príncipe de Bagration, y despues de dirigir contra los rusos con tranquilidad y firmeza los disparos que nuestras tropas, tan instruidas como aguerridas, hacian con extraordinaria certeza, les acometió á la bayoneta. Cediendo los rusos al ímpetu de nuestros batallones, se retiraron pero sin romper filas ni desordenarse, y formaban una masa confusa, herizada de fusiles, que tenian que empujar hácia adelante, sin poder hacerla prisionera. Libre Lannes de los ochenta y dos escuadrones del príncipe de Lichtenstein, se apresuró á traer la caballería pesada del general Hautpoul de la derecha á la izquierda de aquella llanura, y la arrojó sobre los rusos para decidir su retirada: los coraceros cargaron en todas direcciones á aquellos peones obstinados que se retiraban en gruesos pelotones, y obligaron á deponer las armas á algunos miles de ellos.

De este modo Lannes sostuvo por sí solo hácia nuestra izquierda una verdadera batalla, haciendo cuatro mil prisioneros, y sembrando el suelo de muertos y heridos, pues quedaron tendidos en el campo dos mil hombres entre rusos y austriacos.

Empero en la loma de Pratzen se habia renovado la lucha entre el centro de los enemigos y el cuerpo del mariscal Soult, reforzado con todas las reservas que Napoleon llevaba en persona. En vez de pensar el general Kutusof, como hemos dicho, en llamar á sí las tres columnas de Doctorow Langeron y Pribyschewski, que se hallaban en los bajos, solo pensó en reunir su centro sobre la guardia imperial rusa. La brigada de Kamenski, del cuerpo de Langeron, oyó á sus espaldas un fuego muy vivo, se paró y luego retrocedió espontáneamente para subir á la loma de Pratzen; pero así que lo supo el general Langeron fué á ponerse á la cabeza de aquella brigada, dejando en Sokolnitz el resto de la columna.

Renovándose el combate en el centro, tenian que habérselas los franceses con la brigada de Kamenski, la infanteria de Kollowrath y Milorodovich, y la guardia imperial rusa. La brigada de Thiebault, que ocupaba el extremo derecho del cuerpo del mariscal Soult, y se habia separado de la brigada de Varé por hallarse en medio de ambas la aldea de Pratzen, se encontraba entre dos fuegos, pues tenia por delante la línea que los austriacos habian vuelto á formar, y á la vuelta sobre su derecha las tropas de Langeron. Dicha brigada, compuesta del regimiento 10 de ligeros, y del 44 y el 36 de línea, iba á verse espuesta por un momento al mayor peligro, y así, cuando se estaba desplegando en batalla, y se formaba en ángulo para hacer frente al enemigo, temiendo el ayudante Labadie, del regimiento número 36, que su batallon, que recibia á treinta pasos un fuego de fusileria y metralla, se desorde-

nase al tiempo de emprender el movimiento, se apoderó de la bandera, y poniéndose de guía, gritó:—Soldados, he aquí vuestra línea de batalla.—El batallón se despliega con gran serenidad, imítanle los demás, la brigada toma posición, y durante algunos momentos se hace por una y otra parte un fuego mortífero. Sin embargo, no hubieran tardado en sucumbir aquellos tres regimientos bajo una masa de fuegos cruzados, si el combate hubiese durado más; pero admirado el general Saint-Hilaire del valor que mostraba el ejército, estaba hablando con los generales Thiebault y Morand acerca del partido que debía tomarse, cuando Pouzet, coronel del regimiento número 10, le dijo:—General, marchemos adelante y á la bayoneta, ó somos perdidos.—Si, adelante, contesta el general Saint-Hilaire, y al momento caen bayoneta, caen hacia la derecha sobre los rusos de Kamenski, frente á los austriacos de Kollowrath, y arrollan á los primeros hasta los bajos de Sokolnitz y Telnitz, y á los segundos hasta el otro lado de la loma de Pratzen, hacia el camino de Austerlitz.

Mientras que la brigada de Thiebault, entregada por algún tiempo á sí misma, salía del apuro con tanta felicidad como valor, las de Varé y Vandamme, que estaban situadas al otro lado de la aldea de Pratzen, rechazaron casi con el mismo trabajo á los austro-rusos, que habían vuelto á tomar la ofensiva, arrollándolos hasta el pie de la loma á que en vano querían subir. En el ardor que animaba á nuestras tropas, el primer batallón del 4.º de línea, que pertenecía á la división de Vandamme, fué á parar persiguiendo á los rusos,

á unos terrenos inclinados y cubiertos de vides, y así que lo vió el gran duque Constantino envió en su contra un destacamento de caballería de la guardia, destacamento que sorprendió á aquel batallón en medio de las vides, rompiéndole antes de que pudiera formarse en cuadro. En la confusión murió el abanderado del regimiento, y un sargento quiso recoger el águila, pero también cayó muerto hasta que un soldado se la quitó de la mano al sargento, y se puso fuera de combate, sin poder no obstante impedir que los ginetes de Constantino se llevasen aquel trofeo.

Napoleon, que había ido á reforzar el centro con la infantería de su guardia, todo el cuerpo de Bernardotte y los granaderos de Oudinot, descubre desde la altura en que se halla situado la refriega de aquel batallón, y dice á Rapp:—Allí hay desórden, y es preciso poner remedio.—Al punto vuela Rapp á socorrer al batallón comprometido, á la cabeza de los mamelucos y los cazadores de á caballo de la guardia, síguete el mariscal Bessieres con los granaderos de á caballo, y la división de Drouet, del cuerpo de Bernardotte y que se componía de los regimientos números 94 y 95, y del 27 de ligeros, avanza en segunda línea, al mando del coronel Gerard, ayudante de campo de Bernadotte, y oficial dotado de gran energía, para oponerse á la infantería de la guardia rusa.

Rapp se presenta, y atrae á la caballería enemiga que acuchillaba á nuestros infantes tendidos en tierra: aquella caballería se dirige hacia él con cuatro piezas de artillería volante, pero á pesar de una descarga de metralla que hace, Rapp

se arroja con denuedo, y rompe las filas de la caballería imperial. Sigue adelante, y pasa hasta mas allá del terreno que el batallón del 4.º cubre con sus restos; al momento se levantan los soldados de dicho batallón, y vuelven á formar para vengar su derrota; pero Rapp, que llegó hasta las líneas de la guardia rusa, se vé acometido por la caballería de la guardia de Alejandro, mandada por su coronel el príncipe de Repnia. El valiente Morland, coronel de cazadores de la guardia imperial francesa, cae muerto, y los cazadores se repliegan; pero en aquel momento llegan á galope los granaderos de á caballo, al mando del mariscal Bessieres, y aquellos soberbios ginetes que montaban caballos de mucha alzada, se muestran deseosos de medir sus fuerzas con los caballeros guardias de Alejandro. A poco se traba entre unos y otros una refriega que dura varios minutos: la infantería de la guardia rusa presencia aquel rudo combate, sin atreverse á hacer fuego por no tirar á los suyos, hasta que al fin los granaderos de á caballo de Napoleon, soldados veteranos que se habian hallado en cien batallas, triunfan de los jóvenes ginetes de Alejandro, los ponen en dispersion despues de dejar tendido en el campo á cierto número de ellos, y vuelven victoriosos á donde estaba su soberano.

Napoleon presenció aquel combate, y se alegró en extremo al ver que la juventud rusa habia recibido el castigo que merecia por su jactancia: por lo demás, recibió á Rapp, que llegaba herido, cubierto de sangre y seguido del príncipe Repnin que habia caído prisionero, en medio de su estado mayor, dándole notables pruebas de su contento.

Durante este tiempo, los tres regimientos de la division de Drouet, que llevaba consigo el general Gerard, arrollaban la infantería de la guardia rusa hácia la aldea de Kreznowitz, tomaban esta aldea y hacian muchos prisioneros, de suerte que á la una del dia no era dudosa la victoria, pues Lannes y Murat se habian apoderado de la llanura que hay á la izquierda, el mariscal Soult, apoyado en toda la reserva, era dueño de la loma de Pratzen, solo faltaba dejarse caer hácia la derecha, y arrojar en los pantanos á las tres columnas rusas de Buxhoevden, tan obstinadas aunque inútilmente en cortarnos el camino de Viena. Napoleon, dejando entonces en la loma de Pratzen el cuerpo de Bernardotte, y dando la vuelta á la derecha con el cuerpo del mariscal Soult, la guardia y los granaderos de Oudinot, quiso recoger por sí mismo el premio de sus profundas combinaciones y fué á acometer por detrás á las tres columnas referidas, siguiendo el mismo camino que Buxhoevden tomó al bajar de la loma de Pratzen. Ya era tiempo de que llegase, pues el mariscal Davout y su lugar-teniente el general Friant, que corrian sin cesar de Kobelnitz á Telnitz, para impedir que los rusos pasasen el Goldbach, iban á acabar por sucumbir. Al valiente Friant le habian matado ya cuatro caballos; pero cuando se ocupaba en hacer el último esfuerzo, aparece de pronto Napoleon á la cabeza de una masa de fuerzas terribles, y sorprendidos y desesperados los rusos, se introduce en sus tropas una confusion espantosa. Toda la columna de Pribyschewski, y la mitad de la de Langeron que se habia quedado delante de Sokolnitz, se ven cercadas, sin esperanza de poder salvarse,

puesto que los franceses llegan por la espalda por los mismos caminos que ellas habían recorrido aquella mañana, y no encuentran otro medio que dispersarse; pero parte de las dos columnas cae prisionera en Sokolnitz, otra se refugia hácia Kohelnitz, siendo envuelta junto á las lagunas así llamadas, y la tercera se mete en Brunn, teniendo que soltar las armas cerca del camino de Viena precisamente en el sitio donde los rusos se habían dado cita creyendo iban á conseguir la victoria.

El general Langeron, con los restos de la brigada de Kameuski y algunos batallones que sacó de Sokolnitz antes del desastre, se refugió hácia Telnitz y los pantanos, cerca del sitio en que se hallaba Buxhoewden con la columna de Doctorow. El inepto comandante del ala izquierda de los rusos, envanecido con haber disputado la aldea de Telnitz con veinte y nueve batallones y veinte y dos escuadrones á cinco ó seis batallones franceses, permanecía inmóvil, aguardando á que triunfasen las columnas de Langeron y Pribyschewski, y si hemos de creer á un testigo ocular, indicaba su rostro que también aquel día se había entregado á los escesos á que solia entregarse. Langeron acude á aquel punto, y le cuenta con ansiedad lo que sucede; pero Buxhoewden le contesta brutalmente.—Solo veis enemigos en todas partes.—Y vos, replica Langeron, no os hallais en estado de verlos en parte alguna.—En aquel momentó aparece el cuerpo del mariscal Soult en la vertiente de la loma que dá hácia los lagos, y se dirige contra la columna de Doctorow para ver de llevarla á los pantanos. No siendo ya posible dudar del peligro, Buxhoewden, con cuatro regi-

mientos que había cometido la necesidad de tener á su lado sin hacernada, procura ganar el camino por donde había ido, y que pasaba por la aldea de Augezd, entre el pié de la loma de Prätzen y el pantano de Satschan, y se dirige allí precipitadamente, mandando al general Doctorow que se salve como pueda. Langeron se une á él con los restos de su columna, y Buxhoewden atraviesa á Augezd en el mismo momento en que la division de Vandamme, que había bajado de la altura, llegaba á aquella aldea. En su fuga sufre el fuego de los franceses, y consigue ponerse en seguridad con una porcion de tropas; pero la mayor parte de ellas, y los restos de Langeron son cortadas por la division de Vandamme, que se había apoderado de Augezd. Entonces se arrojan todos juntos á los pantanos, los cuales estaban helados, y procuran abrirse camino; el hielo, ablandado con el calor de aquel hermoso día, no puede resistir el peso de los hombres, los caballos y los cañones, y se rompe en algunos puntos, hundiéndose los rusos; pero resiste en algunos otros, y ofrece un asilo á los fugitivos, quienes se retiran allí en tropel.

Napoleon que había llegado á las cuestas de la loma de Prazen por el lado de los pantanos, nota el desastre que tan bien había preparado, manda que una batería de la guardia haga disparos sobre el hielo que resistia aun, y completa la ruina de los infelices que allí se habían refugiado, pues bajo aquellas heladas capas hallaron la muerte cerca de dos mil hombres.

Entre el ejército francés y los pantanos quedaba todavía la desgraciada columna de Doctorow

cuyo destacamento acababa de sepultarse en el hielo, mientras que otro se ponía en salvo con Buxhoevden, y viéndose el general Doctorow en aquella situación cruel, se portó con tanta nobleza como valor. El terreno se aproximaba por allí á los pantanos, y se alzaba de modo que ofrecía una especie de apoyo, advirtiendo lo cual el general Doctorow, se arrimó á aquella altura, y formó con sus tropas tres líneas, situando la caballería en primera línea, la artillería en segunda, y la infantería en tercera. Desplegado así en batalla aguardó á los franceses en actitud firme y severa, mientras enviaba algunos escuadrones á que buscasen camino entre el pantano de Satschan y el de Menitz.

En aquel terreno se traba con rudeza el último combate, pues los dragones de la division de Beaumont, que pertenecian á Murat, y habian pasado de la izquierda á la derecha, cargan á la caballería austriaca de Kienmayer, la cual se retira al abrigo de la artillería rusa, despues de cumplir con su deber. Los artilleros, que habian permanecido inmóviles al pié de los cañones, cubren de metralla á los dragones, los cuales procuran aunque inútilmente apoderarse de ella. La infantería del mariscal Soult marcha á su vez sobre la artillería, á pesar de un fuego á boca de jarro, se apodera de ella, y arrolla á la infantería rusa hácia Telnitz. El mariscal Davout por su parte, entra en dicha aldea con la division de Friant, y desde entonces no queda á los rusos otro punto por donde huir, sino un paso angosto que habia entre Telnitz y los pantanos. Así es, que unos se precipitan hácia allí en tropel, y encuentran la

muerte, ni mas ni menos que sus compañeros, pero otros consiguen retirarse por un camino que descubren entre los pantanos de Satschan y Menitz. La caballería francesa los sigue por aquella calzada, ostigándoles en su retirada: la tierra gredosa de aquel pais, convertida, gracias al sol que habia brillado todo el dia, en un lodo espeso, cede al pasar los hombres y caballos, húndese la artillería de los rusos, y no pudiendo tirar de los cañones sus caballos, mas á propósito para correr que para otra cosa, los dejan allí abandonados. Nuestros ginetes recogen en medio de aquella derrota tres mil prisioneros y varios cañones; como que uno que presencié aquella escena espantosa, esto es, el general Langeron, dice hablando de ella:—«Yo habia visto ya algunas batallas perdidas; pero no tenia la menor idea de una derrota por el estilo.»

Efectivamente, desde una á otra ala del ejército ruso, solo habia en orden el cuerpo del príncipe Bagration, á quien no se habia atrevido á perseguir Lannes, porque no sabia lo que estaba sucediendo á la derecha del ejército. Todas las demas fuerzas se hallaban en un desorden espantoso, prorumpiendo en gritos salvages, y saqueando las aldeas que habia en el camino, para proporcionarse algunos víveres. En cuanto á los dos soberanos de Rusia y Austria, huían de aquel campo de batalla, en que se oía gritar ¡viva el emperador! siendo muy grande el abatimiento de Alejandro, mientras que mas tranquilo el emperador Francisco, sufría aquel desastre con sangre fria, pues á lo menos le quedaba el consuelo de que los rusos no podrian sostener en adelante que

la gloria de Napoleon se debía á la cobardía de los austriacos. Ambos príncipes corrían rápidamente por los campos de Moravia, con una noche oscurísima, separados de su comitiva, y espuestos á ser insultados por la barbarie de sus propios soldados. Viéndolo todo perdido el emperador de Austria, tomó á su cargo el enviar el príncipe Juan de Lichtenstein á Napoleon, para que le pidiese una tregua; con promesa especial de que se haría la paz dentro de algunos días, y manifestase á Napoleon cuanto deseaba tener con él una entrevista en los puestos avanzados.

El príncipe Juan, que habia cumplido muy bien con su deber aquel día, podía presentarse con honra al vencedor, y así se trasladó al instante al cuartel general francés, precisamente en el momento en que Napoleon se ocupaba en recorrer el campo de batalla, para que levantasen á los heridos, porque no queria descansar antes de cuidar á sus soldados con el esmero á que tenían tanto derecho. Por haberlo él mandado, ninguno de ellos dejó las filas para conducir á los que recibían heridas, de suerte que el suelo estaba atestado de heridos en un espacio de mas de tres leguas, hallándose cubierto sobre todo de cadáveres rusos. Terrible espectáculo ofrecía á la vista el campo de batalla, pero aquel espectáculo no conmovía á los soldados de la revolución, quienes acostumbrados como se hallaban á los horrores de la guerra, miraban las heridas y la muerte como consecuencia natural de los combates, y poca cosa comparada con la victoria. Enagenados de gozo, prorumpían en ruidosas aclamaciones así que descubrían el grupo de oficiales en que iba Napo-

leon, quien volvió en seguida al cuartel general, establecido en la casa de postas de Posoritz, no pareciendo sino que regresaba de una marcha triunfal.

Aquella alma, que despues de tanto como gozó, debía sufrir andando el tiempo tanta amargura, disfrutaba en aquel momento las delicias del triunfo mas magnífico y mejor merecido, porque si la victoria es muchas veces un puro favor de la casualidad, lo que es entonces era el premio de admirables combinaciones. Efectivamente, adivinando Napoleon con la penetracion propia de todo hombre de genio, que los rusos querían cortar el camino de Viena, y que entonces se situarian entre él y los pantanos, los animó con su actitud á que se dirigiesen allí, y luego disminuyendo la derecha, y reforzando el centro, se arrojó con el grueso de su ejército sobre las alturas de Prätzen que ellos abandonaron, y de este modo los dividió en dos mitades, precipitándolos en un abismo de que no pudieron salir. La mayor parte de sus tropas, que conservó como de reserva, casi no obraron, porque gracias á la exactitud de su modo de pensar y al valor de sus soldados, podía presentar al enemigo menos fuerzas de las que él metiese en accion, de modo que puede decirse que de sesenta y cinco mil franceses que tenía á sus órdenes, pelearon á lo mas cuarenta ó cuarenta y cinco, pues el cuerpo de Bernardotte, los granaderos y la infantería de la guardia solo dispararon algunos fusilazos. Es decir que cuarenta y cinco mil franceses vencieron á noventa mil austro-rusos.

Los resultados de aquella jornada fueron in-

menos, consistiendo las pérdidas del enemigo y los trofeos de los franceses, por unos siete mil hombres que perdieron entre muertos y heridos, en quince mil muertos, ahogados y heridos, cerca de veinte mil prisioneros, entre los cuales habia ocho generales y diez coroneles, ciento ochenta bocas de fuego, y un número inmenso de caballos, trenes de artillería y bagages.

Así que Napoleón entró en su cuartel general de Posoritz, recibió al príncipe Juan de Lichtenstein, á quien acogió con suma cortesania, conviniendo con él en que tendria una entrevista con el emperador de Austria al día siguiente en los puntos avanzados; pero en cuanto á la tregua, no debia concederse hasta que los dos emperadores de Francia y Austria se viesen y tuvieran una esplicacion.

A la mañana siguiente trasladó Napoleón el cuartel general á Austerlitz, castillo propio de la familia de Kaunitz, y allí se estableció, poniendo el nombre de aquel castillo á la batalla, llamada ya por los soldados la batalla de los tres emperadores. Desde entonces se la conoce, y se la conocerá en los siglos futuros, con el nombre que le puso el capitán inmortal que la ganó, capitán que dirigió á sus tropas la siguiente alocucion.

«Austerlitz 12 de frimario.

«Soldados:

«Estoy contento con vosotros, pues habeis justificado en el día de ayer cuanto esperaba de vuestra intrepidez, y cubierto vuestras águilas

de una gloria inmortal. Un ejército de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y Austria, ha sido cortado ó dispersado en menos de cuatro horas, y los que se han libertado de vuestros aceros han muerto ahogados en los pantanos.

«Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, ciento veinte piezas de artillería, veinte generales y mas de treinta mil prisioneros (1), son el resultado de esta jornada eternamente célebre. Esa infantería tan alabada, y superior en número, no ha podido resistir á vuestro choque, y de hoy mas no teneis rivales á quienes temer. De este modo dos meses han sido suficientes para vencer y disolver esa tercera coalicion, y la paz no puede estar lejos; pero como he prometido á mi pueblo no pasar el Rhin sin hacerla, haré una que nos de garantías para lo futuro, y asegure á nuestros aliados los premios que merecen.

«Soldados, luego que hayamos realizado todo lo que se necesita para asegurar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré á Francia, y allí miraré por vosotros con paternal cariño. En cuanto á mi pueblo, os volverá á ver con júbilo; y con solo que digais:—Estuve en la batalla de Austerlitz; os contestarán: He ahí un valiente.»

«NAPOLEON.»

Era preciso seguir al enemigo, que segun todas las noticias se hallaba en completa derrota, y

(1) Aun no se sabia el número exacto de las pérdidas.

en aquella confusion, engañado Napoleón por Murat, creyó que el ejército fugitivo se dirigia hácia Olmütz, por lo cual envió á aquel punto la caballería con el cuerpo de Lannes; pero al dia siguiente 3 de diciembre, adquirió la certeza el general Thiard de que el enemigo se dirigia hácia el Morava por el camino de Hungría. Napoleón se apresuró á trasladar las columnas hácia Nasiedlowitz y Goeding, y el mariscal Davout, reforzado con toda la division de Friant que se le habia unido y con la de Gudin que llegó á la línea, no perdió tiempo, gracias á la posicion que ocupaba, mas inmediata que ninguna otra al camino de Hungría. Salió, pues, en persecucion de los rusos, y los estrechó de cerca, porque queria alcanzarlos antes de que pasaran el Morava, y apoderarse quizá de parte de su ejército. Despues de marchar todo el dia 3, se hallaba el 4 por la mañana á la vista de Goeding, donde reinaba extraordinaria confusion. Mas allá habia un sitio real del emperador de Austria, conocido con el nombre de Holitsch, y á donde se habian refugiado los dos emperadores aliados, reinando allí el mismo desórden que en Goeding. Los oficiales rusos segian hablando como antes de los austriacos, atribuyendo á ellos la comun derrota, en vez de atribuirle á su presuncion, á la ineptitud de sus generales y á la ligereza de su gobierno; ademas de que los austriacos se portaron tan bien como los rusos en el campo de batalla.

Los dos monarcas vencidos se miraban con bastante frialdad, pero el emperador Francisco quiso conferenciar con el emperador Alejandro antes de concurrir á la entrevista que debia te-

ner con Napoleón, y ambos convinieron en que era preciso pedir una tregua y la paz, siendo como era imposible seguir luchando por mas tiempo. Alejandro, aunque no lo confesaba, deseaba librarse cuanto antes tanto él como su ejército de las consecuencias que podia acarrearles una persecucion por parte de Napoleón tan impetuosa como todas las suyas. En cuanto á las condiciones, dejaba á su aliado el arreglarlas á su gusto, pues como los gastos de la guerra debia costearlos únicamente el emperador Francisco, á él le importaba esclusivamente sacar el mejor partido de las condiciones con que debia firmarse la paz. Algun tiempo antes, es decir cuando Alejandro tenia pretensiones de ser el árbitro de los destinos de la Europa, hubiera sostenido que aquellas condiciones le concernian tambien; pero desde la jornada del dia 2 de diciembre no llegaba á tanto su orgullo.

El emperador Francisco partió, pues, para Nasiedlowitz, aldea que está situada á la mitad del camino del castillo de Austerlitz, y allí, cerca del molino de Paleny, entre Nasiedlowitz y Urchitz, en medio de los puestos avanzados franceses y austriacos, encontró á Napoleón que le esperaba delante de una fogata que habian encendido los soldados. Napoleón tuvo la atencion no solo de llegar primero, sino de salir á recibir al emperador Francisco al tiempo de bajar del coche, y le dió un abrazo. Tranquilizado el monarca austriaco al verse acogido de aquel modo por su omnipotente enemigo, tuvo con él una larga conferencia, en presencia de los oficiales de los dos ejércitos, quienes se hallaban á un lado mirando